

PRÓLOGO A PADRES Y CATEQUISTAS

A lo largo de los siglos, la Iglesia ha propuesto las verdades de fe según distintos niveles, de modo que **a todos** sea accesible aquello que es esencial para salvarse; **a muchos**, lo que permite una mejor intelección de la doctrina sagrada; y, **a unos pocos**, lo que accede a un conocimiento científico-teológico de las verdades reveladas. En esta tarea magisterial, el primer nivel es aquel de la catequesis, la que, juntamente con la predicación, constituyen las bases del ejercicio del oficio de enseñar de la Iglesia.

El término “catequesis”, en su etimología griega, significaba “retumbar, resonar” (del griego *echo*, el eco, lo que retumba). En el Nuevo Testamento, será la voz de los apóstoles la que repita, a modo de eco, las enseñanzas del Señor Jesús, para transmitir las a todas las gentes. De allí que, el término pasara a significar *instruir, enseñar* y se reservase desde los primeros siglos a la predicación metódica de los fundamentos de la doctrina cristiana.

En esta tarea evangelizadora, la Iglesia no desatendió, sino al contrario, los conocimientos científicos propios de cada época, de modo que su enseñanza no apareciera como una doctrina aislada, desconectada del mundo y el lenguaje de los hombres.

Esta insigne tradición es la que se ha querido continuar con este catecismo de Madre Admirable, siguiendo la “pedagogía original de la fe”, de la que habla Juan Pablo II en su *Catechesi tradendæ* (n. 58). Por ello, las lecciones ofrecen la posibilidad de lecturas y actividades a distintos niveles. No es simplemente un “catecismo para niños”. Tampoco, uno para jóvenes o para adultos. Todos pueden encontrar en él información suficientemente abundante y variada, según su capacidad, su formación y sus personales intereses. Esto favorece el desarrollo intelectual de los alumnos, ya que cada uno, con la ayuda de sus padres y catequistas, puede –desde su propia evolución intelectual y afectiva– hacer una selección de los contenidos que les sean más significativos. Los otros dejan, sin notarlo el lector, un residuo cognitivo al que se podrá echar mano cuando una situación nueva plantee la necesidad.

Se ha procurado usar un lenguaje técnico, propio de la Ciencia Teológica y también de las ciencias humanas. El alumno no está frente a un “cuentito”, sino a una enseñanza cierta, a una doctrina verdadera que, en algunos puntos, puede legítimamente recurrir a conocimientos profanos para lograr una mejor intelección del misterio. Con ello, amén de formar en el alumno la conciencia de que el saber cristiano es una verdadera ciencia, se le ofrece la oportunidad de ampliar su vocabulario, incorporando así representaciones intelectuales que le permitirán expresarse con precisión y ampliar su competencia lingüística.

Las lecciones –abundantemente servidas con la Palabra de Dios y el Magisterio– se completan con otras secciones. En “Aprendemos” y “De todo un poco...”, el recurso de la narrativa vincula los contenidos de fe con la vida del alumno, facilitando de este modo su transferencia a la cotidianidad. En “Haciendo se aprende” se integra el “enseñar para saber” con el “enseñar para hacer”, fundamentando en la teoría la práctica cotidiana, las habilidades y las competencias de los alumnos.

Todo encaminado a la oración y la cristiana conducta, en orden a alcanzar el genuino fin del existir humano: la Vida Verdadera.